

SARMIENTO, CIUDADANO DE AMERICA(*)

La crisis de las doctrinas políticas en la vieja Europa y el fermentado fracaso de la democracia que auguran los teorizantes del ultra-socialismo de los llamados estados totalitarios, justifican todo lo que implique una reacción en el Mundo Americano, pero una noble reacción para contrarrestar influjos perniciosos en la moral de todos nuestros pueblos y como esfuerzo saludable para sostener incólumes y puros los sagrados principios de las nacionalidades de América, cimentadas en los postulados de la democracia representativa, y para conservar en lo posible la libertad de la conciencia americana sin distingos de clases ni de razas privilegiadas.

Si de acuerdo con la tesis de Domingo Faustino Sarmiento sin la educación de los pueblos no es posible la paz, ni la civilización ni el progreso; si no era posible la estructuración del Estado argentino sino mediante la difusión de la enseñanza popular; si no era posible tampoco, mover la inteligencia para crear esa conciencia ciudadana que se edifica en el trabajo por la colectividad y por sí mismo; hoy, más que nunca, para la cabal consolidación de la solidaridad continental indo-americana, es menester que las universidades correspondan, como corresponden en este día al americanismo, con el

(*) Discurso pronunciado en el acto de homenaje que realizó la Universidad de Santo Domingo y publicado en los Anales de esta última.

mismo ritmo emocional, la misma evocación histórica de un hombre ilustre y el mismo placentero regocijo, para homenajear a un grande de América, al esclarecido estadista argentino don Domingo Faustino Sarmiento, apóstol de la enseñanza pública en el Continente Americano, cuyo axioma "Gobernar es enseñar", llena todo el sentido de su vida, toda su visión de estadista e inspira todas sus luchas; ora en los debates de la polémica desde la prensa o desde la tribuna; ora en la lucha con las cosas, con las ideas, con los hombres y con los acontecimientos políticos que dieron lustre y fisonomía a su personalidad histórica.

Nuestra Universidad se asocia hoy al regocijo de las universidades hispano-americanas. Nuestra Universidad tiene motivos especiales para admirar en evocación gloriosa a Domingo Faustino Sarmiento, porque esta Universidad nuestra asiste a su resurgimiento y porque ese resurgimiento es el exponente de una época que ha tenido también como la de la Argentina en tiempos de Sarmiento, su estadista, para concretar las necesidades perentorias de su evolución, de su renovación y de su progreso en las circunstancias genuinas de sus propias condiciones mesológicas; época que ha tenido también un hombre, una personalidad constructiva inspirada en los principios del nacionalismo y de la democracia auténtica, que como humanista ha completado su visión de estadista difundiendo escuelas y granjas agrícolas como principio de civilización y de progreso. No tengo, señores, que pronunciar el nombre del Benefactor de la Patria Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, para acudir a esa personalidad que valoriza las cualidades de su genio creador que ha transfigurado, reconstruido y estructurado la nacionalidad en lo espiritual y en lo material, que ha creado esa conciencia pública que se manifiesta ya como fuerza orgánica, que como fuerza definida habrá de trascender al través de los tiempos, siempre preeminente para conservar los perfiles de nuestra nacionalidad.

Ciertamente, estos hechos no son frecuentes en el ininte-

rrumpido proceso de la gestación de las nacionalidades; pero no es menos cierto que de tiempo en tiempo aparecen hombres que se muestran como exponentes de su época, porque en ellos, en verdad, se cumplen como coordenadas del progreso y de la renovación todas las virtudes del humanismo y todas las virtudes de la moral que consagra el principio de la libertad como condición de la personalidad humana para que entonces surjan los "ESTADOS" como hechos reales cimentados en instituciones que se arraiguen en la conciencia pública.

En esta era de evolución socio-política de la República centenares de escuelas rurales han sido creadas y un ejército de maestros difunden "CULTURA DOMINICANISTA" en los más apartados confines del país, y así el hombre que labra la tierra ha logrado alcanzar el conocimiento de las condiciones peculiares de su propio medio y las circunstancias naturales de su prosperidad y de su existencia; el campesino conoce ya el valor de sus derechos como sabe también el valor de sus deberes respecto de la naturaleza que le ofrece el sustento a la familia a la cual ha dado su sangre y su nombre, respecto del Estado, al cual sabe que se debe como elemento de cooperación, de paz y de progreso, y respecto de la humanidad, como entidad cosmopolita, para realizar el bien.

La Universidad de Santo Domingo no podía regatear su homenaje al ilustre estadista argentino. Tiene nuestra Universidad, como todas las universidades de América, el deber de este homenaje y no por puro sentimentalismo de simple reciprocidad internacional. Hay algo que se impone a las universidades nuestras como una necesidad de la confraternidad internacional de este Mundo. Hay algo compulsivo que corresponde por su naturaleza, por su finalidad constructiva y por su trascendencia a la natural función de las universidades; es la necesidad de coadyuvar porque los vínculos de la responsabilidad histórica se consoliden en una unidad, para que esta unidad espiritual sea el exponente de la confederación de pueblos de la misma idiosincrasia racial, de la misma lengua y de la misma religión; por eso, es menester que los

embajadores a las conferencias internacionales, que plantean y discuten las nuevas doctrinas del derecho de gentes, asistan a las deliberaciones armadas con ese espíritu americanista que han de robustecer las universidades homogeneizando mediante la cultura común, los mismos estados emocionales, las mismas aspiraciones colectivas y las mismas tendencias a crear por encima de los límites territoriales una misma conciencia del derecho común de nuestra América.

El americanismo en tal sentido es un aspecto de la forma actual del humanismo americano, y de todos modos nuestras universidades han de propender al auge de la confraternidad hispano-americana con el noble propósito de la cultura de América como hecho trascendente de la conciencia de una raza nueva.

Si los homenajes justos y edificantes, como el que se ofrece a Domingo Faustino Sarmiento, crean el ritmo de una misma emoción placentera; los intercambios intelectuales con la cooperación recíproca de profesores ilustres, conjuntamente con las convenciones y los congresos internacionales, crearían en lo intelectual la similitud de ideas, de escuelas y de sistemas sociológicos, y en lo político harían mucho más factible la solidaridad en el desenvolvimiento de la civilización común, indo-americana, arraigada en sus tradiciones, en sus costumbres, en sus peculiares condiciones sociográficas y en la virtualidad étnica de todos nuestros pueblos, para que nuestra América, como muy bien dice el Profesor Pedro Troncoso Sánchez, “sea un gran hecho histórico diferente de Europa; como ésta lo es, con respecto de la cultura greco-romana; como ésta lo fué a Egipto y a la Mesopotamia”. “Porque es necesario permanecer siendo americano”. “Seguir la conducta que siguió un gran hombre símbolo: Sarmiento, espécimen ilustre que levanta con vigor su ejemplo como un ombú gigante y solitario”.

Ya comienzan las universidades a realizar sus funciones para crear esa cultura que ha de arraigarse en el barro de nuestras tierras, en la conciencia de nuestras masas, en la or-

ganización de nuestras sociedades, en las condiciones cósmicas de la propia América.

Bien ha hecho, señores, la Universidad de Santo Domingo, la más vieja Universidad de América, en asociarse al homenaje que rinde hoy el mundo intelectual universitario a Domingo Faustino Sarmiento, en el cincuentenario de su muerte. Después de estar, durante cuatro siglos, que ahora habrán de cumplirse, alumbrando la conciencia de América con la antorcha de Prometeo, no puede el humanismo americanista de nuestra Universidad, perder de vista la egregia figura del ilustre pensador argentino; por eso, al solidarizarse nuestra Universidad a este homenaje no solo estrecha los vínculos de la confraternidad, sino que al mismo tiempo exalta como a hombre de América, a aquel que al servicio de su patria, al servicio de su época y al servicio de la humanidad se despersonaliza para trascender como individuo aunque de un estado definido por los límites territoriales, por la tradición, por la religión, por el lenguaje, por la raza y por las costumbres, más allá de la patria, para hacerse, a fuer de continental, ciudadano de todo un mundo, andarse con sus doctrinas y sus ideales a lo largo de los tiempos, por los incommensurables caminos de la historia, tal vez sin patria y sin bandera.

Domingo Faustino Sarmiento fué un argentino ilustre, pero hoy es un símbolo, hoy es una fuerza, una virtualidad del genio creador de esta gran anficiónía de la confederación natural indo-hispánica, que ha comenzado a discutir en la Conferencia Internacional de Buenos Aires los principios que han de regir a la familia internacional inspirados por el genio de la raza, como los atenienses por los dioses del Olimpo, cuando consagraban en las asambleas públicas el divino principio de sus derechos; que discutirá en la próxima conferencia de Lima, la creación de la Liga de las Naciones Americanas que inspira el americanismo del Presidente Trujillo.

Domingo Faustino Sarmiento no fué un predestinado como decía la ciencia de ayer, ha sido un predeterminado como lo ha demostrado la experiencia de hoy; predeterminado por su

época, predeterminado por el complejo de su personalidad ancestral en la cual forcejearon dos civilizaciones: definida la una pero caduca; indefinida la otra, pero pujante y pletórica de vida y de ansias de progreso. Del conflicto de estas dos tendencias resulta arrogante, impetuosa, avasalladora, la idiosincrasia del provinciano civilizado que humaniza la rebeldía montaraz del gaucho que vive al margen de la civilización exótica.

José Eufrasio de Quiroga, Obispo de Cuyo, enseña a Sarmiento las primeras letras a la edad de cuatro años, pero al mismo tiempo, le es ejemplo vivo, ostensible, de rebeldía irreflexible y de protesta airada y tenaz, porque José Eufrasio Quiroga, como dijera Juan León Bengoa: “enseña al niño en idioma laico la buena nueva de la revolución”.

Así aprende Domingo Faustino Sarmiento las primeras letras y las primeras protestas contra la opresión, venidas de aquel cura infatigable que se trepaba en una tarima de la Comandancia de Armas para hacer colectas a favor del ejército del General Belgrano.

Cuando el niño ingresa en la “Escuela de la Patria” ya se bosquejan en él los delineamientos de su personalidad, se esboza su yo, aprende y se aprovecha, y su carácter logra mayor fuerza, cuando su conciencia fija de manera indeleble todo el colorido del relato de la batalla de Chacabuco que le hace su padre Clemente Faustino a quien, un día, había visto partir con el fusil a cuestas hacia los campos de batalla.

Tiempo después, Domingo Faustino Sarmiento, que había ido a acompañar al destierro a su tío el cura José de Oro retorna a San Juan, su pueblo natal y lo encuentra en poder de las gavillas de Quiroga. Ante las depredaciones, ante los vejámenes, se acrece en él el sentimiento hostil a la barbarie militante del caudillismo y se promete luchar contra ella porque según la expresión que pone en sus labios Bengoa: “combatir a la barbarie es salvar a la Patria”.

Los esbirros lo persiguen, lo acosan y huye a Chile y allí apostoliza en Santa Rosa de los Andes en una escuela que

ha convertido en cátedra de civismo; que es tribuna de prédica reformista; que es plataforma para proclamar sus doctrinas esencialmente americanistas, sus ideales de renovación social mediante la difusión de la cultura, porque según su propio decir: “no es posible gobernar a un pueblo sin cultura”.

Los acontecimientos políticos, las adversidades que se ensañaron contra sus designios gravitaron sobre la conciencia de su personalidad, pero esta circunstancia lo valoriza, lo prepara mejor para la brega incesante e inquebrantable.

Mínero en Copiapó, se entrena en la rudeza de los trabajos rústicos y se hace fuerte de cuerpo como lo era de espíritu; en promiscuidad con los marinos de Valparaíso, conoce los cambiantes matices de la vida indigente, y de todo saca una enseñanza.

Todo le sirve de aliento al esfuerzo, todo lo exalta y lo empuja, y se crea como hombre de acción; así se educa solo, así tiembla su personalidad, la que ha de oponer a los acontecimientos adversos, a las cosas y a los hombres de la pampa, la que le ha de servir para contribuir con su esfuerzo, y con el sentido de su cultura a la concreción de las instituciones argentinas.

Su personalidad es la reacción humana contra el instituto agreste del gaucho; es la reacción contra el caudillo “representativo de la democracia bárbara, como lo es “el dictador, de la democracia civilizada” que dijera Alberdi; es la reacción que impondrá a la civilización del gaucho, la conciencia de una patria común, federativa, fuerte y fundada en la peculiar idiosincrasia argentina. De ahí, que propendiese siempre a la difusión de las escuelas; quería crear esa misma conciencia que es como el alma de la patria; quería la cultura del campesino por el conocimiento de sus peculiaridades y de las condiciones de su existencia y de sus medios para asegurarla; quería que la reforma política fuese rudimental, que comenzase la idea de la colectividad, la noción de la sociabilidad, el concepto de la justicia, y la noción de la propiedad en el alma de los individuos de la pampa, porque las clases inferiores no

pueden entrar en posesión de ninguna doctrina ni de ningún principio sino después de un proceso de adaptación y de gradual asimilación.

A veces se le ha tildado de indiferente a la enseñanza universitaria. Para la secundaria tuvo sus preferencias; fué el fundador de las escuelas normales en América; quería maestros y necesitaba maestros que anduviesen por las llanuras enseñando la ciencia de la cultura; pero no le bastó nunca la prédica en la escuela. A su regreso de Chile funda en San Juan, el periódico "El Zonda" que le granjea pronto el resentimiento del representante de la tiranía de Rosas. La conculcación de la ley de imprenta en desmedro del derecho creado para la libre emisión del pensamiento, le arranca airado su protesta; deniega el pago del impuesto que le ha fijado el Gobernador; le enrostra el abuso de autoridad y la conculcación de los sagrados principios del derecho, y en la tarde de ese mismo día, es perseguido y encarcelado.

No las angustias del presidio, ni los vejámenes sufridos, ni las amenazas de ser fusilado, le desarmaron de la noble convicción de su derecho; pero tiene que volver al exilio y abandona de nuevo el calor de la casa materna. Vuelve a Chile si abatido y pobre, no vencido. Hace allí vida oscura en buhardilla miserable pero en aquella soledad fecunda en nobles pensamientos se agigantará para entrar de nuevo en el mundo social, en el gran mundo de la lucha por los ideales reformistas de la sociedad de su tiempo y plantea entonces los principios del célebre movimiento renovador del 1848.

Lastarria ha descubierto en el argentino Domingo Faustino Sarmiento al hombre que buscaba Diógenes de Sinope: leal a sus ideales, honrado con sus principios, con su credo político, con la Patria y con América. Lo invita a cooperar en algunos diarios de Chile y obtiene de él un artículo inédito que cobra gran resonancia en el mundo político en el cual describe la jornada gloriosa de Chacabuco tal como se la había relatado su padre; artículo que el gran Andrés Bello califica de "algo nuevo en estilo y en ideas". Con él entra en la vida

activa del gran mundo político chileno y entonces se enseño-rea en las cumbres que sus esfuerzos le han conquistado; pero allí detrás de los Andes, tiene el pensamiento puesto en la patria suplantada por honrosa tiranía y miseranda de derechos.

Es ésta la época en que encarna en "Facundo Quiroga" todos los instintos bárbaros del gaucho; con esta personificación, con esta obra, según su propio decir, quiere explicar la revolución argentina, y realmente la explica en parte, porque la otra, la explican, la propia personalidad de Sarmiento, sus obras y sus luchas.

"Facundo Quiroga" es la personificación de una tendencia, Sarmiento lo es de otra.

El protagonista es la síntesis de la barbarie de la pampa. Este libro rudo, es el exponente de una época, es la réplica hiriente al oprobio de un régimen nefando y parece haber sido escrito más que para explicar la revolución, como dice Sarmiento, para dejar en la conciencia de América, la constancia de las sombrías características de aquella dictadura del caudillismo americano.

En la filosofía de la historia el "Facundo Quiroga" de Sarmiento es el símbolo de un momento común en la evolución política de América; todos nuestros pueblos han tenido sus "Facundos Quiroga", como han tenido sus Sarmiento.

"Facundo", como símbolo, nace de la reacción de Sarmiento, en pro de los derechos de su democracia, que cimienta en la cultura autóctona como hecho de conciencia americana por eso, cuando concluye su obra se le escucha exclamar: "No sé si he hecho un libro o una espada; pero sé que Rosas ha muerto". (Bengoa).

Este libro valoriza notablemente la personalidad de Domingo Faustino Sarmiento. Lo escribe y lo siente como su propia protesta ante la historia, para ello ha evocado la vida de la pampa; se ha ensimismado para crearla, hurgando en los complejos de la subconciencia los instintos reprimidos por el humanismo que ha sido trasegado hacia América en las crónicas de la revolución francesa, y concreta en sus páginas la

lucha salvaje entre la civilización europea y la barbarie indígena de la pampa argentina.

El mismo americanismo inspira sus obras, en *Argirópolis* estudia los antecedentes de la guerra de las márgenes del Plata, la geografía y las instituciones y expone un plan para terminar la guerra. Este libro, según el propio decir de Sarmiento, se funda en el derecho escrito que resulta de los tratados convenciones y pactos celebrados entre los gobiernos federales de la República, la Confederación Argentina.

La Ciento y una es una obra constituida por las cartas de su polémica con Alberdi. En la edición que he tenido la oportunidad de consultar está publicada la carta escrita en Yungay al General Urquiza en donde explica su actitud frente a sus ideas y en contra de sus designios.

Las frases que siguen dan una idea de la naturaleza de este trascendental documento.

Refiriéndose al estado caótico que en el orden moral creó la tiranía de Rosas, dice al General Urquiza: "Como no ha de poder sostenerse, y como el abismo está cavado, ha de caer en él irremisiblemente"... "Yo diré por qué está perdido. Es porque su rol accidental ha pasado. Termidoriano como Tallien, sofocó a su compañero y cómplice Rosas, el Robespierre argentino; jefe de las tropas pretorianas, se sublevó contra el tirano a quien había sostenido. Pero para sucederle, era preciso ser Augusto, después de haber sido Octavio y tener por base un pueblo cansado de la anarquía en lugar de hallarlo como ha encontrado a la Argentina cansada de la tiranía más espantosa". Es regla, agrega: "que después de las grandes tiranías no medran las pequeñas; y es otra regla, que no se repiten dos fases históricas en un mismo pueblo".

No le bastó nunca la protesta escrita, tampoco la filosofía contenida en su "Facundo", por eso va a solicitar plaza en el Gran Ejército del General Urquiza, quien se la ofrece mal de su grado porque no ostenta la divisa roja de Rosas y se la ofrece en calidad de simple gacetillero del Ejército. No replica y acepta, pero pronto en cuanto advierte las tenden-

cias dictatoriales de Urquiza se aleja de él para combatirlo y se despide de Mitre, su compañero de armas, con estas frases proféticas: "Ud., Mitre, será el primer Presidente de la República, pero la segunda presidencia será para mí".

Bien se vé que la carta de Yungay, es indudablemente un documento que aclara y define la actitud que asumió Sarmiento frente al General Urquiza.

Al despedirse de Mitre ha hablado con el "imperativo vocacional" de quien presente sus triunfos, de quien es forjador de sus propios destinos, del que ha predeterminado las circunstancias que han realizado su propia personalidad.

Sabía ya que la conciencia política argentina no toleraría el régimen de la dictadura de Rosas; sabía que Urquiza no prosperaría como candidato a la Presidencia en la conciencia nacional, por eso se lanza a combatirlo en nombre de la reorganización social, en nombre de la civilización americanista, y de ahí que propusiese en Buenos Aires, tal vez con general asombro, el repartimiento de las tierras del Estado con escrituras definitivas a favor de los campesinos; que en San Juan implantase reformas educacionales e instruyese a los agricultores en la Quinta Normal para el mejoramiento de los cultivos, que reorganizase también la administración de la justicia y el ejercicio de la abogacía.

De regreso de los Estados Unidos, donde ha sido Ministro Plenipotenciario de la Argentina, viene el maestro de escuela Domingo Faustino Sarmiento a recibir del General Bartolomé Mitre las insignias de Presidente de la República. Se había cumplido su profecía.

Señores:

Propicio es, pues, este homenaje que las Universidades de América rinden hoy a la memoria esclarecida de Domingo Faustino Sarmiento, para clamar desde la cátedra secularmente ilustre de esta Universidad, porque se estrechen cada vez más los vínculos confraternales de hispanoamérica, con esa misma voz que habrá de trascender a los siglos con que los

padres tomistas despertaron la dormida conciencia del mundo americano; con la misma autorizada voz con que la República Dominicana, propugnará en la próxima conferencia Panamericana de Lima, porque sea un hecho cierto el establecimiento de la Liga de Naciones Americanas, ideal americanista del Generalísimo Trujillo, como único factor de solidaridad, armonía y unidad de la moderna conciencia del Nuevo Mundo, para asegurar la paz y la concordia continentales.

FABIO A. MOTA
